Faustina

Guillermo Sullivan

Image not found.

Capítulo 1

Faustina

A veces el rumor de tu silencio viene a mí igual que una luz que irradia mi melancolía, luego se torna imágenes múltiples, como las fotografías que guardo en alguna cómoda para verlas y cerciorarme de que aún te extraño.

Sí…, el tiempo ha dejado caer su ancla en el mar de mis pensamientos, en los estanques de la nostalgia, y en lo que pudo ser el amor.

Recuerdo cuando solía acudir al "Café París" para beber una o dos tazas de café, para comprometerme con el roce social, y para romper un poco la rutina, y entre la danza de las meseras y el tintineo de los vasos y los cubiertos, recuerdo cuando llegaste a mí, me serviste café, te retiraste, y luego giraste hacia mí para hacerme un guiño. Sí..., aún lo recuerdo, esa imagen fresca y floreciente en el umbral de mis pensamientos; tu sonrisa como un tatuaje que llevaré por siempre. Luego la tarde se encendió, y yo seguí allí, sentado, en el trono de la espera, queriendo saber más de ti, y deseando que pasaras junto a mí, para arrojar los dados en la mesa de las posibilidades, la puerta abierta al final de una ensoñación, pero por algún motivo que aún no entiendo, esa tarde ya no te volví a ver, sino hasta tiempo después.

A veces, los polos del amor reaparecen en los designios de otras manos, en la bandeja de plata a quien el destino puso su sello en sus frentes, en los espejos donde los ojos sonríen a la luz del azar, o tal vez la locura. Las almas se entrelazan por el beso de la compatibilidad, por el rescoldo que se cuida con las manos sabias que se dignan a entregar luz, por un motivo más aparente que la piel, y por el deseo de crear vida. Hay una calle transitada de autos y de gente, pero esta vez yo vengo solo, me veo caminar por otras calles que aún no reconozco, por la sapiencia que mordisqueo para descifrar los códigos del amor. Tu voz, como una canción que me gusta recordar, sigue allí, en algún lugar dentro de mí, y sólo es necesario que la mandíbula del tiempo se alimente con las letras de tu nombre, con las cenizas de la noche, y con la posibilidad de volverte a ver.

Y mientras volví a pensar en ti, en esta tarde con la apariencia de un buque naval, en la concordancia que los corazones solitarios asumen en

los muelles, intenté saber ¿quién eres? ¿En qué parte de mi mano están las líneas donde apareces tú? ¿Por qué me hiciste un guiño? ¿Quién soy yo para ti? ¿Y por qué pienso en ti…?

Preguntas, imágenes, puertas que se abren y se cierran en algún sitio cerca de mi habitación, voces entre mezcladas con dulces risas; todo conforma parte de mi mirada, el fondo musical que aún no puedo descifrar.

Luego pasaron los días, y volví a acudir al café. Esa mañana llevé una flor en mi mano, y un trozo de mi alma, me senté en una silla y le dije a una mesera que te entregara la flor. Ella me sonrió, me puso una mano en el hombro y me dijo: «está comprometida, cariño». «Faustina no es para ti».

Pero yo seguí pensando en el guiño, y en el sabor del café, el que sólo tú sabías servir con un trozo de amor. Y ahora qué le voy a decir a mi corazón, a los poemas que escribí para ti, y al silencio de mi habitación, el que sólo él me entiende cuando me levanto a escribir a las cuatro de la mañana para amordazar mis demonios, qué lo voy a decir a mis discos compactos de Led Zeppelin, a los pactos irreversibles del corazón, ¿qué les voy a decir?

Sin embargo, esa mañana me marché y decidí regresar por la noche, sólo para corroborar que no te importaba, de que sólo era alguien de paso en tu vida, y de que al fin y al cabo, la amistad suele ser un vendaje para cubrir algo más allá que una herida. El café estaba casi vacío, y el silencio lo era casi todo, pues sólo éramos tres clientes y la misma mesera que un día me reveló tu nombre. Luego ésta se acercó a mí; estaba sentado en un rincón, ciertamente algo entristecido, y me dijo: «no estés triste, cariño, Faustina está comprometida con el más allá, murió en el verano del ochenta y nueve, alguien la mató, y suele aparecerse de vez en cuando». «Te traeré otro café, cariño». En ese momento sentí un escalofrío por todo mi cuerpo, y me marché, pensando durante el camino ¿quién fuiste, Faustina, qué fue de tu vida, y qué quisiste hacer con la mía?